

NACIÓN Y NACIONALISMO. TRES HISTORIAS DE LA LITERATURA EN LA AMÉRICA LATINA DEL SIGLO XIX

Alfredo LAVERDE OSPINA*

Ser-nos-á licito, como tem sido a outros, falar de nós mesmos? Si o é, diremos simplesmente que o nosso desejo supremo no terreno da crítica, desejo que nunca podemos traduzir em facto, fôra sempre escrever uma história da literatura brasileira.

SILVIO ROMERO, 1888

Pero la política ya nunca podrá lavar del todo esa violencia original que conduce al sacrificio y que es su condición.

EDUARDO GRÜNER, 2002

SOBRE NACIÓN Y NACIONALISMO

De acuerdo con los historiadores y los especialistas en ciencias políticas cualquier genealogía de la idea de nación surge de un entramado discursivo donde nacionalismo y Estado son actores insoslayables y determinantes de su misma aparición conceptual (Fernández Bravo, 2000: 17). Si bien el nacionalismo nace como una expresión de carácter liberal-racionalista, para gran parte de una tradición intelectual es un fenómeno primordialmente cultural que, en cuanto constructo moderno, pareciera estar acorde con los principios de la libertad y el progreso. Es así como en la teoría nacionalista es posible identificar cinco aspectos: primero, la hegemonía cultural; segundo, el moldeamiento y la formación de sus miembros, incluidos los antecesores territoriales con el fin de sostener su previa existencia ontológica; tercero, la íntima relación entre la nación y

* Profesor-investigador de la Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia. Es miembro del proyecto de investigación Grupo Colombia: tradiciones de la palabra (CTP).

el territorio reconociendo como previas la existencia y mutuas pertenencias; cuarto, la nación como una familia (filiaciones sanguíneas, matriciales); y el quinto, el entendimiento compartido entre los miembros de la nación en el sentido de quiénes eran y cómo se originaron (Parekh, 2000: 99-100). Por otra parte, en lo que concierne al origen de la cultura occidental, el profesor Eduardo Grüner ha identificado —a modo de hipótesis— tres experiencias fundantes que se han repetido a través de la historia, “lo trágico”, “lo poético” y “lo político”, y que han posibilitado el planteamiento de preguntas dirigidas a desentrañar aspectos de carácter fundacional y fundamental (2002: 305).¹ Es así como la experiencia de “lo político” está íntimamente relacionada con la fundación de la Ciudad; pero también con el poder y la dominación, incluida la resistencia a estos. En particular, para Grüner, las tres experiencias mencionadas están atravesadas por una forma de violencia implicada, aunque se adelanta a afirmar que también lo están de amor y erotismo.

Así las cosas, “la violencia *trágica* instaura el desgarrar en el Saber sobre lo que significa el ser-humano y su identidad como Sujeto”; “la violencia poética, instaura un desgarrar en el Saber sobre la identidad entre las palabras y las cosas, entre el signo y la materia, entre la ‘ficción’ y la ‘realidad’, entre el símbolo y el mundo” y, por último, “la violencia *política* instaura un desgarrar en el Saber sobre la identidad entre el hombre y su historia, su sociedad, sus instituciones, su libertad, su autonomía, su soberanía” (Grüner, 2002: 296). En términos generales, esta última violencia busca el doblegamiento de lo múltiple en lo Uno, en el Estado: “En la experiencia de lo político, son las masas enteras las que son sacrificadas en el ritual violento de un orden que *funciona* [...] para el poder” (2002: 335).

Desde una perspectiva semejante, el científico social Partha Chatterjee, en su trabajo titulado “El nacionalismo como problema en la historia de las ideas políticas” (1986), retoma al filósofo político montenegrino John Petrov Plamenatz (1912-1975), quien en un trabajo publicado póstumamente (1976), identifica “dos tipos” de nacionalismo y en los que el nacionalismo se constituye “‘primordialmente [en] un fenómeno cultural’, aunque a menudo toman una ‘forma política’” (Chatterjee, 2000: 123). En relación con la existencia de estas dos versiones del nacionalismo, menciona, por una parte, al nacionalismo “occidental” originado en Francia e Inglaterra y retomado por las otras naciones europeas; y, por otra, al “oriental” que se encuentra en Europa del Este, Asia, África y América Latina. En palabras de Chatterjee, parafraseando a Plamenatz:

Ambos tipos [de nacionalismos] dependen de la aceptación de un conjunto de estándares comunes por los cuales se mide el estado de desarrollo de una cultura

¹ Para Grüner, la experiencia de lo trágico, tiene que ver con el sacrificio y la peste; la experiencia de lo poético con el mito y la metáfora.

nacional particular. En el primer tipo, sin embargo, aunque existe el sentimiento de que la nación está en desventaja con respecto a otras, está sin embargo “culturalmente equipada” para hacer el intento de extirpar esas deficiencias (citado por Charterjee, 2000: 123).

Para Plamenatz, tanto de Francia como de Gran Bretaña surge el conjunto de conceptos en torno de “el hombre, las costumbres, y la sociedad” de carácter europeo occidental que configura la concepción original del nacionalismo (2000: 123-124); no obstante, en lo concerniente al nacionalismo “oriental”, surgido en “pueblos recientemente llevados a una civilización hasta ahora extraña a ellos y cuyas culturas ancestrales no se adaptan al éxito y la excelencia por esos estándares crecientemente dominantes y cosmopolitas” (2000: 124), no es completamente aplicable. Es evidente que este es el caso de lo sucedido en América Latina, en donde tal como lo explica el científico social indio, lo anterior da como resultado un proceso especialmente contradictorio pues es simultáneamente “imitativo y hostil a los modelos que imita” (2000: 124). Esto origina un “doble rechazo, el primero se centra en el extranjero como intruso y dominador; el segundo, gira en torno del rechazo de las costumbres ancestrales por constituirse en obstáculos del progreso” (2000: 124). Sin pretender profundizar en esto e ignorar lo que hasta el momento se ha dicho en relación con el surgimiento de las naciones latinoamericanas durante el siglo XIX, en contraste con una persistente obliteración de las condiciones reales del pensamiento poscolonial, más acorde con el surgimiento de los nacionalismos del siglo XX, es posible hacer una lectura de las historias de las literaturas nacionales en América Latina en torno a ese carácter emulador de lo europeo y en relación con las contradicciones, experiencias y violencias mencionadas.

LA NACIÓN-EXPROPIACIÓN: EN BUSCA DE CONVICCIONES Y FIDELIDADES

Más allá de una concepción “esencialista”, en lo concerniente a la nación y al nacionalismo adquiere relevancia la posibilidad de identificar los discursos inaugurales a partir de los cuales se efectúan las rupturas con el paradigma colonial y el surgimiento del nacionalismo, como paso previo a la configuración de la nación. En un primer lugar, muchos de los historiadores coinciden en la importancia de los trabajos realizados por los jesuitas durante su destierro desde la segunda mitad del siglo XVIII; y, por otra parte, están los trabajos realizados por la *intelligentsia* ilustrada del continente.

En este sentido, es relevante la publicación de Andrés Bello y Juan García de Río del primer tomo de *La Biblioteca Americana* (1823), subtitulada *Miscelánea*

de Literatura, artes y ciencias, publicada en Londres. Es de resaltar que este primer número, atribuido a “Una sociedad de americanos”, se inicia con un “Prospecto” en el cual se describe la situación de aislamiento a la que España redujo a sus colonias durante tres siglos. Debido a una política de aislamiento y a la imposibilidad de pensarse a sí misma, América se vio privada de todo producto del pensamiento (1823: v).

Sin embargo, agrega el documento, es evidente que ha llegado el momento en que América haga uso de sus facultades mentales y aparezcan las artes y las ciencias orientadas a reparar la ruina y la desgracia. Ahora, dice el documento, es el momento en que el americano enfoque todas sus fuerzas para que “se esparza la luz” por todo el continente: “brille el entendimiento, e inflame todos los corazones; a que se refleje en nuestras instituciones sociales, i se mezcle en fin con el aire mismo que respiramos” (1823: vi). En este sentido, los responsables de esta publicación se proponen cooperar para que se alcance el fin de la ignorancia y la esclavitud mediante la difusión de las riquezas intelectuales de los siglos pasados. Es así como el primer cuaderno se ocupará de las *Humanidades i artes liberales*; el segundo de las *Ciencias matemáticas i físicas con sus aplicaciones*; el tercero de *Ideología, moral e historia*. Estas tres secciones formarán un tomo.

En lo que concierne a la literatura, “la primera parte se ocupará: de todo aquello, que, siendo fruto de la imaginación i del gusto, concibamos puede ser útil a la América: artículos originales o selectos, y análisis de obras escojidas sobre gramática, retórica, poética, i filología; sobre dibujo, pintura, arquitectura, i música” (1823: vi); la segunda sobre ciencias naturales, matemáticas, físicas y médicas; y, por último, la tercera se ocupará de “las ciencias intelectuales, morales, políticas e históricas; de manera que insertaremos en ella rasgos propios o selectos, i análisis interesantes sobre ideología, y filosofía moral; ciencia social, administración pública, legislación, jurisprudencia, comercio i educación; historia, geografía política, viajes i biografía” (1823: vi).

En términos generales, *La Biblioteca Americana* aspira a convertirse en el faro de la modernización del continente y con ello da lugar al surgimiento de una nación americana dando por sentada la homogeneización racial y cultural. Así lo manifiesta el “Prospecto”, cuando divide la historia del continente en tres épocas: Antigua, Media y Moderna. La primera se define como el periodo en el que se pobló el continente, “a la que tiene por asunto la fundación de imperios y naciones”, junto a “sus costumbres, ciencias, artes i estado de civilización hasta la fecha del descubrimiento”. La segunda etapa, la edad media, es la época colonial, en la que “la descendencia de los conquistadores, la de los indígenas, la de las razas africanas, formaron una sociedad, compuesta de elementos discordes, que la política de la metrópoli tuvo estudiadamente

desunidos, mientras su poder, cimentado sobre la ignorancia i la división, pesaba igualmente sobre todos”; y la tercera y última etapa es la moderna, en la que América se sacude del yugo que la oprime y ve nacer Estados independientes (1823: vi-vii).² Paso seguido, a la luz de lo propuesto en el primer acápite de este capítulo, se lleva a cabo la experiencia, y con la consiguiente cuota de violencia, del ejercicio de *lo político*, al referirse a la labor del patriotismo y la configuración del nacionalismo mediante la publicación de las biografías de los héroes y los varones ilustrados del país, junto a sus retratos con el fin de ‘ilustrar’ los hechos más importantes de la revolución. A lo anterior se agrega la referencia a anécdotas ingeniosas, presentación de ensayos y documentos que resalten las virtudes de los héroes y caudillos, los padecimientos y los sacrificios del pueblo que lo ha dado todo por la libertad:

ya los padecimientos i sacrificios de un pueblo heroico, que ha comprado su libertad a más caro precio que ninguna de cuantas naciones celebra la historia, la clemencia de unos, la generosidad de otros, i el patriotismo de casi todos. Adoptando bajo este respecto la opinión de un escritor distinguido, creemos que “el patriotismo de todo país libre consiste en la gloria de sus grandes hombres” (1823: vii).

El objetivo de todo este esfuerzo por insertar a América en la historia de Occidente, por parte de los autores de *La Biblioteca Americana*, tiene como intenciones resaltar la importancia de “examinar bajo sus diversos aspectos cuáles son los medios de hacer progresar en el nuevo mundo las artes i las ciencias, i de completar su civilización; darle a conocer los inventos útiles para que adopte establecimientos nuevos, se perfeccione su industria, comercio i navegación, se le abran los nuevos canales de comunicación” (1823: vii). En general, el espíritu de esta publicación es continental y no habrá preferencia por ninguna nación.³

² En el contexto de la teoría crítica en torno del nacionalismo, Hugo Achugar encuentra relevante el hecho de que la memoria moderna sea el resultado del “esfuerzo masivo por rechazar el pasado y constituir un futuro radicalmente nuevo”. Este esfuerzo es para Achugar “fundacional” y afirma: “Esfuerzo fundacional que en líneas generales se constituye siempre a partir de un tiempo posterior al tiempo histórico en que se supone haber sido realizado el mencionado esfuerzo, ya que lo fundacional es caracterizado como tal por las generaciones posteriores al proceder a la construcción o a la reconstrucción del pasado, y localizar en el pasado un momento que tal vez no tuviese el significado que el presente le atribuye, inventado de este modo el comienzo de la memoria” (Achugar, 2003: 47).

³ En lo concerniente a Andrés Bello y los proyectos en torno a la constitución de una nación americana, es de vital importancia plantearse si este es el proyecto de un espíritu ilustrado que hace acopio del neoclasicismo en su poesía, en este caso las citadas en el cuerpo del trabajo o si, en su defecto, sus posturas “en apariencia” neoclásicas eran tan sólo parte de las armas

Terminado el “Prospecto”, le sigue “Alocución a la poesía”, presentada como un fragmento del poema inédito llamado “América”, y en donde se hace una presentación del heroísmo del continente.⁴ En términos generales, además de estar inspirado por el espíritu ilustrado, el americano se atreve a “escribir sobre sí mismo” y, sobre todo, muestra en toda su dimensión el capital humano en términos de hazañas e inteligencia. Es en este punto donde la experiencia de “lo poético” propuesta por Grüner adquiere relevancia: “el desgarro entre la ‘ficción’ y la ‘realidad’, el símbolo y el mundo” (cf. 2002: 296). En principio, lo que fue compuesto como un canto al continente que ha pagado un alto costo por su libertad, tres años después, en su forma cuasi definitiva, adquiere doble carácter propagandístico: en primer lugar América para Europa, en tanto fuente de materias primas, especialmente para Inglaterra; y en segundo lugar, Inglaterra como país modelo para el desarrollo futuro de la América meridional:

[En] ninguna otra parte del globo son tan activas como en la Gran Bretaña las causas que vivifican i fecundan el espíritu humano; en ninguna parte es más audaz la investigación, más libre el vuelo del ingenio, más profundas las especulaciones científicas, más animosas las tentativas de las artes. Rica en sí misma, reúne las riquezas de sus vecinos; i si en algún ramo de las ciencias naturales les cede la palma de la invención o de la perfección, hace a todos ellos incomparable ventaja en el cultivo de los conocimientos más esencialmente útiles al hombre, y que más importe propagar en América (Bello, 1826: 2).

En lo que respecta a lo que nos convoca, le sigue en importancia la presentación del libro de Madame de Stäel titulado *De la literatura considerada en sus relaciones con las instituciones sociales*, donde se reafirma la relevancia de las ciencias y las letras en la difusión de las ideas y, en consecuencia, en la adquisición de “la felicidad del hombre individual o en la grandeza y prosperidad de los pueblos” (1823: 17). En este sentido, la consideración de América como una entidad autónoma se sustenta tanto en su riqueza material como humana (y esta última se puede evidenciar en su heroísmo en la conquista de

retóricas y polémicas para defenderse de los románticos y, como lo manifiesta Emir Rodríguez Monegal: “La interpretación de Bello como enemigo del Romanticismo ha venido rodando y rodando, de manual literario en manual literario, copiando el nuevo historiador a su inmediato predecesor, hasta convertirse hoy en lugar común de la crítica, contra el que muy pocos han sabido reaccionar” (1969: 18).

⁴ Tres años después aparecerá, de nuevo en Londres, *El Repertorio americano* con el mismo espíritu, aunque en palabras del editor ‘más rigurosamente americana’ y por ello reduce, significativamente, la sección de *Ciencias naturales i físicas*. Ahora, tras la independencia, aparecen: “Silva americana” de Andrés Bello y el comentario del “Canto a Bolívar” de José Joaquín Olmedo (1826: 54-61).

la libertad como bien supremo y primer paso para la construcción de la nación). Es así como el americano debe modelar su espíritu a través de la lectura y el cultivo de las letras. En sus palabras:

No es menor el influjo que tiene el cultivo de las letras sobre la gloria y libertad de las naciones. Encontraremos esta verdad siempre que, a la luz de la historia, recorramos el espacio de los siglos, señalado por las huellas de las revoluciones, que unas veces han desolado la tierra, otras la han colmado de bienes, según la ruta que les ha trazado la barbarie o la cultura intelectual (1823: 18-19).

Tras la presentación del saber clásico en torno al estudio de la historia y el cultivo de las letras, Juan García del Río retoma a Madame de Stäel y su libro, objeto de reseña:

Siguiendo la historia de los progresos del pensamiento, ha examinado cuál es la acción recíproca entre la religión, las costumbres i las leyes, i la literatura; ha analizado las causas morales i políticas que modifican el espíritu de esta última; i observando el carácter dominante de los escritores de cada país y de cada siglo, ha manifestado cuán poderosa es la influencia de la literatura sobre la virtud, la felicidad, la gloria y la libertad de las naciones, i el inmenso poder que ejerce sobre estos grandes sentimientos, primeros móviles del hombre (1823: 20).

Es claro que cuando se habla de literatura se está haciendo referencia a las bellas letras; así parece manifestarlo la autora, de acuerdo con García del Río, pues se refiere a las obras filosóficas y de imaginación, junto a las obras “antiguas y modernas de moral, de política o de ciencia”. Debido a las limitaciones de espacio me interesa resaltar la confianza de Madame de Stäel en relación a los efectos de las letras y las ciencias en la perfección de la inteligencia, así como el abandono del vicio y el perfeccionamiento moral (1823: 21-22).

SOBRE “LA POLÍTICA”

EN ALGUNAS HISTORIAS DE LA LITERATURA

En términos generales, me he detenido en lo que se ha considerado el espíritu programático de las publicaciones referidas, pero sobre todo, en el carácter político y económico que se oculta tras los intereses culturales que parecen constituirse como los efectos más deseables emanados del cultivo de las letras y las ciencias. No obstante, es nuestro interés tomar en consideración los aspectos más relevantes en lo concerniente a la homogeneización cultural en el contexto del *sacrificio* que implica la experiencia de lo *trágico* y la imposibilidad de *la*

política de “lavar toda esa violencia original”, tal como se quiere resaltar en el segundo epígrafe de este trabajo.⁵

En este sentido, nos centraremos en tres introducciones a otras tantas historias de la literatura nacionales que, mencionadas en orden cronológico, son: *Historia de la literatura en Nueva Granada. Parte primera. Desde la conquista hasta la independencia (1538-1820)* de José María Vergara y Vergara (1867), *Historia crítica de la literatura y de las ciencias en México. Desde la conquista hasta nuestros días* de Francisco Pimentel (1885), y, por último, *História da literatura brasileira (1500-1830)*, Tomo I, de Silvio Romero (1888).

Es importante aclarar que los siguientes comentarios a los prólogos de estas historias tienen, además, la finalidad de identificar aspectos relevantes de aquella retórica que nos indique la orientación ideológica de sus autores, además de la concepción de la historia literaria, su papel como historiadores, la concepción de la literatura, el papel del crítico y el significado de esta obra en el ámbito intelectual del cual emerge como elementos centrales.

1. “Yo soy en mi patria ese soldado desconocido”⁶

El primero y único tomo de la historia de la literatura colombiana realizado por el costumbrista, crítico e historiador José María Vergara y Vergara (1831-1872), se compone en realidad de dos prólogos. El primero es de la autoría de Manuel Ancízar (rector de la Universidad Nacional), y el segundo, titulado “Introducción”, es de la autoría de Vergara y Vergara. Estos dos escritos configuran “la particularidad del lugar desde el que se habla como señal indeleble”, en términos de Michel de Certeau (1994: 31). De igual manera se constituyen en verdaderos manifiestos de la concepción de la historia de la literatura a mediados del siglo XIX. Por una parte, Manuel Ancízar escribe desde el lugar y la autoridad que le confiere el haber sido el investigador de la Comisión Corográfica⁷ y el autor de *Peregrinación del Alpha* (1853), libro donde, a través de narraciones

⁵ Grüner diferencia la experiencia de *lo político* de *la política*. *Lo político* es parte del ejercicio de la violencia, *la política* es la tentativa del doblegamiento que intentan realizar el Estado, la institución y la policía (2002: 335).

⁶ En palabras de Hugo Achugar: “Los militares y letrados del siglo XIX construyeron los nuevos Estados-nación. En algunos casos esos militares fueron también letrados y la fundación que realizaron no se limitó a la de las armas. Estos “próceres escritores” desarrollaron un discurso fundante que por el lugar de poder de donde hablaban tuvo una función y un efecto decisivos, cumpliendo muchos de ellos la doble función de estrategias militares y letrados” (2003: 56).

⁷ La empresa científica más importante del siglo XIX, realizada en Colombia bajo la dirección del ingeniero militar italiano Agustín Codazzi, iniciada en 1850, fue resultado, de acuerdo con el historiador Gilberto Loaiza Cano, de la tendencia racionalizadora del Estado que, desde 1839,

y descripciones de costumbres, tipos humanos, paisajes y demás rasgos, da lugar al nacimiento de un género literario cuyas características surgen de la forma de escritura impuesta a su funciones como investigador de la Comisión (Loaiza Cano, 2004: 194).⁸ De ahí que su “Prólogo” no sólo se constituya en el respaldo de uno de los científicos, publicistas y hombres de letras colombianas más importantes del momento, sino como instancia legitimadora de la construcción de la patria. De ahí que las consideraciones de Ancízar en torno a la literatura colombiana y su historia se constituyan en aspectos relevantes en la configuración de la nación y, en consecuencia, formen parte de la historia política. En opinión de Ancízar, la obra de Vergara y Vergara representa la expresión de la originalidad, el espíritu investigativo y revolucionario del colombiano. En definitiva, esta historia se encuentra a la altura de las mejores obras de historia política que contribuyen al conocimiento del talento nacional y el progreso de la inteligencia que desembocó en las transformaciones políticas y sociales efectuadas desde 1810 (Ancízar, 1867: ix).

Por otra parte, en su “Introducción”, José María Vergara y Vergara pone énfasis en el carácter inaugural de su obra y en las dificultades para la consecución de los materiales. De acuerdo con el autor, “todos los hombres notables por su genio son la síntesis y no el paréntesis de una generación”; en este sentido, inspirado por los principios del positivismo, afirmará que los hombres son el resultado de su medio y esto será lo que, en consecuencia, explique por qué se organiza el material cronológicamente, se transcriba una nota biográfica de los autores y se reproduzcan algunas consideraciones críticas respecto a sus obras. En este punto resaltaré como modelo la obra del italiano Cesare Cantú, que parece ser una referencia común en América Latina, y se puede evidenciar con Francisco Pimentel, quien lo inscribe en el conjunto de autores piadosos que coinciden con su desprecio por la novela francesa (Pimentel, 1890: 26). En relación con la organización del material, es importante resaltar la división que Vergara y Vergara realiza en torno a los materiales políticos y literarios y acusa a la política de despreciar los asuntos literarios e incluso de ser los culpables de la pobreza en la crítica al punto de rechazar la “inofensiva tarea del historiador, del anticuario y del literato” (Vergara y Vergara, 1867: xix). En este sentido se disculpa con sus futuros lectores, pues su labor ha sido ignorada cuando

con la ley expedida por el Congreso, exigía fijar los límites geográficos y elaborar descripciones del sistema hidrográfico, particularidades geográficas y naturales, así como el patrimonio étnico y cultural del país.

⁸ Agrega, el profesor Loaiza: “Es más que un informe escueto apegado a las cifras, es trabajo de investigación social, de incipiente etnógrafo, de observador meticuloso, de intelectual constructor a quien le cabía argumentar soluciones dentro de su utopía liberal” (2004: 194).

no se convierte en un arma de los enemigos políticos: “Los que nos ocupamos, pues, en estudios históricos, lo hacemos a pura pérdida de tiempo, de dinero y de fama. En reemplazo de tan grandes estímulos, no es mucho si pedimos indulgencia” (1867: xix).

En términos generales, el autor es consciente de su lugar en el contexto de la historiografía literaria y, como parte de su conciencia política, define la labor realizada utilizando una parábola, según la cual el historiador, al igual que un arrojado soldado, abre la brecha en medio de la selva e indica a los que le siguen el camino. Esto, sin embargo, implica entre otros muchos aspectos, el reconocimiento de las vacilaciones, pero en ningún momento duda de su talento heroico: “Yo soy en mi patria ese soldado desconocido [...]. Regreso diciendo que hay una vasta región, de la cual traigo muestras [...]. Si mi senda está mal trazada: ¡que la corrijan! ¡que la acorten, si la soledad y la ignorancia me obligaron a hacerla más larga!” (Vergara y Vergara, 1867: xxiv).

2. *“Y sin embargo esos elementos contenían un germen de civilización que se desarrolló y creció más adelante, conforme a las leyes sociológicas”* (Pimentel, 1890: 37).

En lo que respecta a la obra de Francisco Pimentel, valdría resaltar que se constituye en un proyecto intelectual que abarcó cinco tomos. Animado en su afán de construcción de una nación sólida, libre y progresista, sus intereses incluyen temas relacionados con la historia nacional, la economía política, la filología y la lingüística. Es decir, los frentes indispensables para el levantamiento del inventario del capital humano, cultural y lingüístico de la nación.

Francisco Pimentel publica *La historia crítica de la literatura y de las ciencias en México desde la conquista hasta nuestros días* en 1885, y trata en ella de la poesía mexicana. De acuerdo con lo que indica el autor, en la introducción de este primer tomo, la segunda parte “tratará” de los escritores en prosa y comprenderá cuatro secciones: 1ª. Novelistas; 2ª. Oradores; 3ª. Historiadores; 4ª. Autores científicos. La primera obra tendrá una segunda edición, corregida y aumentada, publicada en 1892. La parte correspondiente a la narrativa fue publicada póstumamente en 1904, bajo el título *Novelistas y oradores mexicanos*. No obstante, existe una segunda edición aumentada y corregida publicada en 1890, a la que se le agregó la impugnación a la censura de don Francisco Gómez Flores, editada por la Librería de la Enseñanza.

Este extenso tomo sobre la poesía mexicana, además de la ya mencionada impugnación a la censura, está acompañada por un epígrafe que da muestras del alto contenido polémico de dicha impugnación y, en general, tiene como

finalidad, aplicando una escrupulosa atención a la crítica, la de aclarar aspectos oscuros para el entendimiento del contradictor de Pimentel y, de paso, dar un tratamiento peyorativo a quien no sabe de qué está hablando.⁹

Es así como el estudio crítico de la poesía mexicana levantó voces de protesta e incluso acusaciones de toda índole que el autor se vio obligado a responder por considerar provenían de un desconocimiento de la materia. Comenta la profesora Garza Cuarón que tanto el olvido como los ataques de sus detractores se debieron casi todos a razones políticas, pues era indiscutible, entre los hombres de letras de su tiempo, la seriedad y solidez del trabajo realizado por Pimentel.

Debido a la magnitud del trabajo intelectual de Pimentel, el autor en este tomo de historia de la poesía mexicana tiene la posibilidad de centrarse únicamente en lo literario, aunque esto no signifique desconocer el lugar y la función que la literatura, en cuanto expresión artística y, muy especialmente, en su expresión poética, debe ocupar y cumplir en la configuración del espíritu de la nación. En el contexto de la economía política del momento, el arte, la literatura y la poesía en especial se constituyen en lo que él denomina el espacio de libertad. En este sentido, haciendo acopio de una concepción clásica de la literatura se distanciará de las poéticas realistas-naturalistas en lo concerniente a la limitación de la libertad creativa que esta corriente estética parece sugerir.¹⁰ Asimismo, atribuirá al arte en general y a la literatura en particular la función idealizadora y el rechazo de lo vulgar y lo común. En franca oposición a la “literatura del mal” identificada con la literatura moderna francesa, opone el estoicismo de Fichte, la moral austera de Hegel y la virtud cristiana de Schlegel, junto a Cantú en Italia y algunos opositores franceses (1890: 25).

Inspirado en la estética hegeliana, en Pimentel la historia de la literatura se constituye en verdad en una historia intelectual, regida por leyes objetivas y principios de lo bello que no pueden caer en el escepticismo, en lo vago e indeterminado que se expresan en las composiciones literarias sentimentales: “ligereza, vaguedad, aspiraciones pueriles, sentimientos comunes, ideas triviales, esto es lo que se encuentra frecuentemente en las producciones de la literatura actual” (1885: 28). Por último, se opone al abuso del arte moderno, particularmente el naturalismo, al que encuentra, según sus palabras:

⁹ “Tu crítica majadera/de los dramas que escribí,/ Pedancio poco me altera;/ más pesadumbre tuviera/ si te gustaran a ti” (Pimentel, 1890: iii).

¹⁰ “Los objetos del mundo real no llenan el ánimo ni le satisfacen enteramente: buscamos alguna cosa que ensanche más el corazón; apetecemos hechos más heroicos y brillantes, acaecimientos más variados y maravillosos, un orden de cosas más espléndido, una distribución más general y justa de recompensas y castigos que los que estamos viendo; y no hallando estas cosas en las historias verdaderas, recurrimos a la ficción” (1890: 26).

Esta escuela presenta los siguientes caracteres dominantes: falta de ideas elevadas, de sentimientos profundos y de argumentos interesantes; exceso pesadísimo de descripciones, de minuciosos detalles, tendencia a pintar lo mezquino, lo vil, lo repugnante, lo vicioso de la sociedad. Esa sustancia envuelta generalmente en la forma de un lenguaje rebuscado y afectación de estilo. La literatura naturalista no excita curiosidad, ni causa interés; nunca hace derramar una lágrima o lanzar un suspiro, nunca eleva la imaginación: las obras de esa escuela se recorren con tibieza y se cierran sin pena, sino es que producen sueño y repugnancia (1890: 29).

En definitiva, la literatura moderna está desplazándose hacia las sombras y abandona la posibilidad de ejercer una influencia benéfica en la civilización, la moral y la felicidad social, tal como lo plantearía Madame de Stäel. No obstante, se precipita a afirmar Pimentel, no se le debe dar al arte un fin moral, pues se confunde “el objeto con el efecto” (1885: 32). El papel de la literatura debe ser tal como lo concibió Chateaubriand, presentar la religión por el lado de la belleza y, en este contexto recuerda a Diógenes a través de su frase “Yo no he cedido a la influencia de grandes luces superiores; mi convicción ha nacido del corazón, lloré y he creído”. Es por esta vía que se garantiza el influjo del arte en las costumbres (1885: 33).

Este último aspecto es uno de los más relevantes en relación con su inserción en el espíritu ilustrado y por ello afirma que la función del arte es suplir la realidad a través de la imaginación: “El arte no es una perfecta realidad, ni tampoco una ilusión pura; es como una fluctuación entre la ficción y la verdad, y hé aquí su prerrogativa, elevarnos del mundo real sin inducirnos a la falsedad y al engaño” (1885: 34). Para terminar, se refiere a la crítica como el resumen de todos los conocimientos generales y especiales del escritor. Así pues, la crítica tiene como finalidad apartar lo malo, corregirlo y evitar el mal ejemplo, mientras que, reservando lo bueno, aprueba y señala lo que es digno de imitarse.

A la altura del tomo quinto, en el “Epílogo”, Francisco Pimentel reproduce en un epígrafe una frase del historiador, periodista y escritor español Antonio Ferrer del Río y que parece resumir la situación actual del país, del continente y explicar el atraso de la literatura: “Cuando cejen de su encono los naturales de la América española, y no varíen cada mes de gobernantes y de gobierno y no malgasten su actividad en desastrosas lides, asombrará la valiente voz de sus bardos” (Pimentel, 1904: 5).

Por último, en su epílogo a la historia crítica de la poesía en México diagnostica la situación y las razones de esta en torno a la poesía mexicana: en primer lugar, por su carácter imitativo no ha llegado a la perfección y no puede ser considerada nacional, aunque presenta un mérito relativo. Paso seguido se refiere a los defectos de la poesía mexicana, a la inexistencia de una variante mexicana del español, y comenta que otro es el descuido en la escritura al punto

de “tener más ingenio que gusto, más inspiración que estudio, más talento que educación” (1904: 217), agregando la formación deficitaria. La mayoría de los poetas crecen bajo la influencia de antiguos preceptistas (tales como Gómez Hermosilla) en contraposición a la enseñanza que se adelanta en España con Hegel a través de Canalejas, Fernández González, Giner, Revilla y Alcántara (218). Por último, atribuye estas deficiencias a la imitación, no sólo de los buenos poetas sino de los malos: “los gongoristas antiguos y contemporáneos, los prosaicos, los ultra-románticos, los sentimentalistas gemebundos, los sensualistas, etc.” (212). En general, esta “propensión a la imitación no sólo de lo feo sino de lo bello, ha dado por resultado que carezcamos de un poeta primitivo verdaderamente original en toda la acepción de la palabra” (212).

3. “Este libro é un libro de amor”

La última introducción comentada es la del brasileño, nordestino, Silvio Romero, prolífico historiador y crítico literario que, inspirado en la concepción alemana de la historia de la literatura, se empeñó a lo largo de toda su tortuosa vida académica en hacer una historia de la vida intelectual de su país. Al respecto de lo que se menciona en el título de este acápite, “Este es un libro de amor hecho por un hombre que siente hace cerca de veinte años sobre el corazón el peso del odio al que fue sometido en su patria”, como nos comenta Silvio Romero, Antonio Candido lo corrobora cuando afirma que “El testimonio de los contemporáneos nos muestra una persona bonachona, de excelente humor, desinteresada, generosa, comunicativa; pero que con la pluma en la mano prefería atacar, destruir, todo lo que le desagradara, manifestando unos celos que rayaban en la envidia, una vanidad que llegaba a la soberbia, una susceptibilidad cercana a la paranoia” (Candido, 1982: ix).

La “Introdução” a la *Historia da literatura brasileira*, tomo primero (1500-1830), libro editado en Rio de Janeiro en 1888, en primer lugar se refiere a las difíciles circunstancias en que ha sido publicada esta obra, pues el autor es consciente de que nunca ha sido su interés agrandar. Paso seguido, se refiere a las condiciones políticas y económicas del país para determinar que la nación brasileña ha logrado delimitar definitivamente su territorio (al ganarle la guerra al Paraguay) y se han liberado los esclavos como resultado del agitado movimiento intelectual que, no sin retrocesos y sobresaltos, logró darle fin a la esclavitud. Es importante resaltar que esta “Introducción” está escrita en tercera persona y Romero se refiere a sí mismo como “el autor” que, en relación con su patria, ha pasado por tres fases diversas: 1) El *optimismo* de la niñez y de la juventud, 2) El *pesimismo* radical e intratable que dio curso en

sus primeros libros y la actual, 3) La de la *crítica imparcial*, equidistante de la pasión pesimista y de la pasión optimista que nos han hecho andar a tientas (Romero, 1888: xi).

En relación con lo anterior, afirma que esta obra de historia surge en esta última fase, la de la madurez, y su finalidad es prestar servicio a su patria. Esta transformación es el resultado del estudio etnográfico, de la historia del folklore y, en general, de la literatura. En este sentido, se refiere a las concepciones en torno al país, ya sea relacionadas con un Brasil envidiado por el mundo, o por el contrario, despreciado por haber dejado sobrevivir a la esclavitud por tanto tiempo.

En términos generales, se refiere a los momentos difíciles por los que está pasando el país: “algunos reales, otros levantados por la impaciencia y desorientación de los agitadores de la opinión”. Estos problemas están relacionados con la forma de organización política (federalismo, república y organización municipal) que adoptará el país; en lo que respecta a lo económico, la crisis como resultado de la liberación de los esclavos, el aprovechamiento de la fuerza productiva del proletariado, la organización del trabajo en general, la buena distribución de la propiedad territorial; en lo que hace a la parte social, la colonización extranjera, la reforma de la enseñanza teórica y técnica. Es, en el sentir de Romero, una obligación de todo intelectual defender una opinión en relación con estos asuntos, pues de lo contrario estaría engañando al pueblo (1888: xiii).¹¹

En coherencia con lo anterior, Silvio Romero expone una a una sus opiniones respecto del futuro de la patria, pero sobre todo, expone con lujo de detalles el proceso ideológico y político que desembocó en la liberación de los esclavos, dando como conclusión el que la liberación de los connacionales es el resultado de la voluntad popular. En este proceso la literatura tuvo un gran papel. En palabras de Romero, “la cuestión de la emancipación de los cautivos, puesta en el dominio de todos por los publicistas, penetra en los corazones por la acción de los poetas” (1888: xvii). Tras un periodo de avances y retrocesos, Romero propone una solución que fue objeto de ataques y burlas pero que resultó ser la que finalmente se aplicó. Esta vía fue presentada por él en un artículo de 1881 de la *Revista Brazileira*. La solución fue denominada la “emancipación autónoma y popular” y consistió en que los brasileños blancos fueron liberando a sus esclavos progresivamente. De acuerdo con el autor,

¹¹ A este respecto, Regina Zilberman afirma que Romero está inspirado por la sociología positivista y por ello incluye los aspectos relacionados con la economía, el análisis de las instituciones políticas y sociales de la colonia y del imperio: “Pare ele, ‘O estado de riqueza ou pauperismo de um povo influí diretamente na formação da sua literatura’” (2003: 137).

esto se constituyó en la expresión de una forma de hermandad al percatarse el esclavista que “más allá de los motivos morales, el esclavo comenzaba a ser un impedimento, una desventaja ante el trabajo libre” (1888: xix).

Esta solución, en opinión de Romero, “era apenas la inferencia lógica del concurso de las diversas razas en el espectáculo de nuestra historia, problema peculiar de nuestra etnografía brasílica, base de todos nuestros trabajos de crítica literaria. Insistimos en esto desde 1870 y lo hicimos especialmente en los estudios sobre la poesía y los cuentos populares del Brasil” (1888: xx).

Una a una el autor enumera las opciones políticas, económicas y sociales que convienen al país, sustentándolas en los resultados obtenidos en sus estudios etnográficos y literarios. Es evidente que en cuanto historiador y crítico literario Romero posee una profusa información proveniente de las ciencias políticas, la filosofía, la teoría de la historia europea, las historias literarias. En lo concerniente a su posición intelectual y filosófica, nos comenta Candido:

No es difícil probar, en el campo de las ideas y de las convicciones, que fue primero positivista y que después atacó violentamente el positivismo; que en la política de Sergipe criticó fuertemente un bando y luego se unió a él; que calificó a Luis Delfino de poetaastro e inmediatamente lo consideró uno de los más grandes poetas brasileños; que proclamó a Capistrano de Abreu el mayor conocedor de la historia del Brasil y poco después un mediocre investigador de insignificancias; que era evolucionista agnóstico y al final se adhirió a la Escola da Ciência Social, de raíces católicas; y así en todo lo demás (1988: ix).

No obstante las afirmaciones de Candido, en esta introducción es evidente que el autor se ha creado una opinión sustentada del espíritu brasileño sobre la base del mestizaje. Y es en este fenómeno racial y cultural en el que, en opinión del autor, reside el futuro político y literario autónomo del país. Uno de los aspectos importantes en Romero es su claridad en relación con el mestizaje cultural que debe propiciarse en las poblaciones de inmigrantes para con ello garantizar la unidad política y económica del país a través de las expresiones culturales. En relación con la presencia del positivismo estético proveniente de Hipólito Taine y la influencia del medio, clima y raza, nos explica Regina Zilberman que el proponer la raza como un factor decisivo es uno de los aspectos metodológica e ideológicamente innovadores, pues en lo concerniente al medio, tan relevante para Taine y, consecuentemente para Madame de Staël, su postura antiromántica no le permitía aceptar dicha relevancia (Zilberman, 2003: 132).

En relación con lo literario, siente una aversión un tanto enfermiza hacia el romanticismo, tal vez porque fue con él que en la primera acepción identitaria del brasileño se optó por el modelo étnico y cultural del indio que, en su

opinión, no tiene nada que ver con el país, ni racial ni culturalmente, pues no ha aportado ni puede aportar nada. Aquí, es claro que Silvio Romero muestra un racismo inexplicable y opta por el negro en oposición al hegemónico *partido indianista*, según denominación irónica de Romero y pone énfasis en los procesos de mestizaje como aquellos a partir de los cuales se constituye la nación brasileña (Zilberman, 2003: 132).

Es importante resaltar que Romero se encuentra muy bien informado en lo relacionado con teorías sociales, políticas y literarias y, en contraste con sus compañeros hispanoamericanos, ve en el realismo-naturalismo las bases para la aparición de una literatura nacional brasileña, es decir, la raza, el medio y la evolución histórica. Esto se sustenta en lo que el autor afirma en cuanto se refiere a los sustentos teóricos generales en el estudio de la literatura y la crítica literaria, pues se atienden “los aspectos etnográficos en torno a la teoría del mestizaje, ya sea físico, ya moral”. De igual manera, el “criticismo filosófico es la base fundamental” (Romero, 1888: xviii).

Para terminar, será mejor referirnos al estudio de Antonio Candido en relación con la historia de la literatura y la crítica brasileña de Romero. Este crítico, junto a los otros autores de historias de las literaturas nacionales tratados arriba, comparte su afición por Herder en lo concerniente a las culturas populares, Madame de Staël en torno a las relaciones entre literatura y sociedad y, por último, Buckle y Taine en relación con el determinismo relativista. En palabras de Candido, “El medio, la raza, la evolución histórica, las costumbres, las tradiciones, aparecían como instrumentos admirables para comprender la obra del pensamiento, despojada, de un lado, de su carácter absoluto; de otro, de su carácter arbitrario y exclusivamente voluntario” (1988: 50). En relación con H.T. Buckle, historiador inglés y autor de la *Historia de la civilización en Inglaterra* (1857-1861), es importante resaltar, tal como lo plantea Antonio Candido, que “reconoce el gran papel de la libertad humana en la evolución social, mitigando necesariamente con esto, el determinismo histórico y, por tanto, perdiendo el derecho de afirmar ‘el carácter altamente científico de la historia’”. En algunos aspectos, inconforme con lo propuesto por el autor, Silvio Romero la acepta de modo muy general, pero “En el caso del Brasil, encuentra fantástica su manía de tomar el clima como factor principal. Apoyado en esto, cree necesario el mestizaje del blanco para poder soportar los trópicos” (1988: 59).

CONCLUSIONES

En lo que respecta a las historias nacionales de la literatura, es fundamental tener en cuenta su papel en torno a la configuración del nacionalismo, pues

participan, en tanto construcción de imaginarios y tradiciones, en la disposición de acontecimientos bélicos, políticos y económicos orientados no sólo a estabilizar geográfica y organizacionalmente a la nación, sino a legitimar y sustentar un sentimiento de pertenencia. Es así como, desde una doble lectura, a partir de lo planteado por Eduardo Grüner en cuanto *la política* estaría dirigida a celebrar un “*contrato* como efecto de la violencia de *expropiación* y no su *eliminación*” (2002: 335), se retoma lo propuesto por Plamenatz en relación con la existencia de un nacionalismo “oriental” en América Latina y, en consecuencia, el carácter hegemónico cultural de la labor efectuada por el conjunto de intelectuales que se ocuparon del levantamiento de la información geográfica, cultural, étnica y literaria (en algunos casos coincidiendo en la misma persona), y que exigió malabarismos conceptuales, en general ideológicos, a través del acopio de un conjunto de conceptos de carácter filosófico, político, sociológico y literarios, que, a la postre, ante la exigencia de la política, en muchos casos iban en contravía de sí mismos.

Dichos intelectuales (hombres de letras) se vieron enfrentados a lo que hoy denominamos procesos de deconstrucción y posibilitaron, sin proponérselo, el surgimiento de verdaderas epistemologías fronterizas a partir del anomalismo de esta segunda versión del nacionalismo que, tal como lo afirma Plamenatz, citado por Chatterjee: “o es el despertar de las naciones a su autoconciencia: él inventa naciones donde no existen —pero necesita algunas marcas diferenciadoras preexistentes para trabajar” (2004: 127). Desde esta perspectiva, se configura un sujeto de la enunciación que, en opinión de Achugar:

Independientemente de su individuación hubo un proyecto patriarcal y elitista que excluyó [...] no sólo a la mujer, sino a los indios, negros, esclavos, analfabetos y, en muchos casos a aquellos que no tenían propiedades. Este perfil del sujeto enunciador, contribuyó, a su vez, a la construcción del perfil de un sujeto de la nación (el ciudadano) que se identificó con el discurso de cierto nacionalismo. En este sentido, los nacionalismos —o las formas históricas de tales nacionalismos— con que se entendieron y con el que construyeron las identidades nacionales y/o culturales en nuestros países, podrían ser considerados como “comunidades interpretativas” (Fish) o “formaciones discursivas” (Foucault) en donde se producía un discurso fundante que actuaba como un elemento de religación e interpretación (Althusser). El pertenecer a esas comunidades permitiría suponer que de hecho participarían de un “orden ritual” (Duara) que podría implicar adherir y ser leal al proyecto ideológico y ético que estructuraba tales comunidades (2003: 50).

Asimismo, en este punto se debe resaltar que los planteamientos de Partha Chatterjee, Plamenatz, junto a los de Eduardo Grüner, Bhikhu Parekh y otros tantos teóricos coinciden en que solo dos grupos sociales han sido los que han

participado en la construcción del nacionalismo: los intelectuales y el proletariado. Dos caras de una misma moneda. En este sentido, salta a la vista después de este corto y superficial recorrido que son los intelectuales, aquellos que han fungido como etnógrafos, lingüistas, folkloristas, literatos e historiadores, la materia de nuestro trabajo.

BIBLIOGRAFÍA

- ACHUGAR, Hugo (2003), “A escritura da história ou a propósito das fundações da nação”, en MOREIRA, Maria Eunice (org.), *Histórias da literatura: teorias, temas y autores*. Porto Alegre: Mercado Aberto.
- ANCÍZAR, Manuel (1867), “Prólogo”, en VERGARA Y VERGARA, José María, *Historia de la literatura en Nueva Granada. Parte primera. Desde la Conquista hasta la Independencia (1538-1820)*. Bogotá: Imprenta Echeverry Hermanos.
- BELLO, Andrés y GARCÍA DEL RIO, Juan (1823), *La Biblioteca Americana*. Londres: Imprenta de don G. Marchant-Ingram-Court.
- (1826), *El Repertorio Americano*. Londres: Imprenta de G. Schulze.
- CANDIDO, Antonio (1982), “Prólogo”, en ROMERO, Silvio, *Ensayos literarios*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- (1988), *O método crítico de Silvio Romero*. São Paulo: Editora da Universidade de São Paulo.
- CHATTERJEE, Partha (2000), “El nacionalismo como problema en la historia de las ideas políticas”, en FERNÁNDEZ BRAVO, Álvaro (comp.). *La invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*. Buenos Aires: Manantial.
- DE CERTEAU, Michel (1994), “La operación histórica”, en PERUS, Françoise (comp.), *Historia y literatura*. México: Instituto Mora-UAM.
- FERNÁNDEZ BRAVO, Álvaro (comp.) (2011), *La invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*. Buenos Aires: Manantial.
- GELLNER, Ernest (2001), *Naciones y nacionalismo*. Buenos Aires: Alianza Editorial.
- GRÜNER, Eduardo (2002), *El fin de las pequeñas historias: de los estudios culturales al retorno imposible de lo trágico*. Buenos Aires: Paidós.
- LOAIZA CANO, Gilberto (2004), *Manuel Ancizar y su época. Biografía de un político hispanoamericano del siglo XIX*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia-Fondo Editorial Universidad EAFIT.

- PAREKH, Bhikhu (2000), “El etnocentrismo en el discurso nacionalista”, en FERNÁNDEZ BRAVO, Álvaro (comp.). *La invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*. Buenos Aires: Manantial.
- PIMENTEL, Francisco (1890), *Historia crítica de la literatura y de las ciencias en México desde la conquista hasta nuestros días. Poetas*. Tomo I. México: Librería de la Enseñanza.
- (1904), *Obras completas de D. Francisco Pimentel*. Tomo V. México: Tipografía Económica.
- RODRÍGUEZ MONEGAL, Emir (1969), *El otro Bello*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- ROMERO, Silvio (1888), *Historia da literatura brasileira (1500-1530)*. Tomo primero. Río de Janeiro: L.B. Garnier.
- VERGARA Y VERGARA, José María (1867), *Historia de la literatura en Nueva Granada. Parte primera. Desde la Conquista hasta la Independencia (1538-1820)*. Bogotá: Imprenta Echeverry Hermanos.
- ZILBERMAN, Regina (2003), “O positivismo e a história da literatura brasileira”, en MOREIRA, Maria Eunice (org.), *Histórias da literatura: teorías. Temas y autores*. Porto Alegre: Mercado Aberto.